

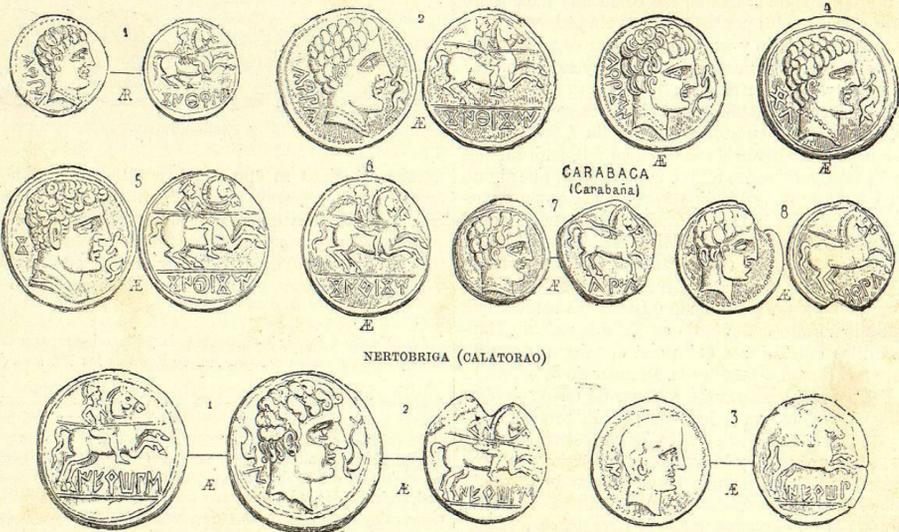
había seguido en Italia con Aníbal (1), como si por otro Aníbal tuviese á Viriato el Fabio Máximo Emiliano. Así dejó espirar el tiempo de su gobierno, pero no hallando el Senado quien reuniese las cualidades necesarias para hacer la guerra en España, prorogó á Fabio los poderes.

A juzgar por los resultados, no fueron infructuosos los preparativos del cónsul, pues comenzando la nueva campaña venció á Viriato y le rechazó hasta Bécór (144), obligándole luego el pretor á retirarse hasta las cercanías de Evora. Pero nada bastó á desalentar al intrépido lusitano. No tardó en congregarse nuevas tropas, y mientras el cónsul hacia cuarteles de invierno en Córdoba, Viriato excitaba á los arevacos, á los triecios, á los vacceos y á los celtíberos á una alianza y gene-

ral confederación contra el comun enemigo, exhortándolos á unirse en derredor de un solo estandarte nacional, habiendo sido de este modo Viriato el primero que indicó á sus compatriotas el pensamiento de una nacionalidad y la idea de una patria común. Acudieron unos con gentes, otros con armas y dinero, y si su proyecto no llegó á realizarse, por lo menos no fué su voz desoída.

Después de algunos pretores, de quienes no nos han quedado hechos señalados, vino á España el cónsul Q. Cecilio Metelo, llamado el Macedónico, por haber subyugado la Macedonia (142). Andaban ya alterados los arevacos y celtíberos: Metelo los sujetó, tomando algunas ciudades, entre ellas Contrebia, no sin resistencia porfiada, y puso cerco á Nerto-

CARABACA Y CONTREBIA (CARABAÑA Y ZOZITA DE LOS CANES)



NERTOBIRGA (CALATORAO)

briga. Cuéntase de aquel cónsul en el sitio de esta ciudad un acto generoso de aquellos que honran siempre al hombre, y que nosotros nos complacemos en aplaudir sin mirar si el que los ejecuta es amigo ó enemigo. Jugaban ya los arietes contra la muralla: hallábanse dentro de la ciudad los hijos de un español que militaba en las filas romanas en clase de centurion: indignados los habitantes de la traición de su compatriota, colocaron á sus hijos en el lugar más peligroso del muro donde deberían perecer los primeros. Informado el cónsul del caso, quiso más levantar el sitio que tomar la ciudad á costa de aquellos inocentes. Proceder tan generoso y humano le valió la amistad de muchos pueblos; que tal era la índole de los españoles (2).

Hacia entre tanto la guerra contra Viriato en la Lusitania el pretor Quincio con fortuna varia. Sucedióle el cónsul Fabio Serviliano, hermano adoptivo de Fabio Máximo Emiliano. Con el numeroso ejército que él trajo y con un refuerzo de caballos y elefantes que le envió de Africa el rey Micipsa, hijo de Masinisa, acometió á Viriato, y le venció en el primer combate. Pero usando luego el lusitano de una de las sagaces maniobras de su táctica, revolvió sobre él con su acostumbrada rapidez é impetuosidad, mató tres mil consulares y forzó á Serviliano á abrigarse en Ituccia, ciudad de la Bética. No daba reposo Viriato á los enemigos: desde la aspereza de los bosques donde se escondía, despren-

(1) Cap. 4. lib. I del de esta historia.

(2) Refieren este caso Valerio Máximo, Aurelio Víctor y Patérculo. Atribúyese también al cónsul Metelo un dicho que adquirió gran celebridad. Como para ocultar á los enemigos sus pensamientos, traía y llevaba las tropas de un lado á otro como sin plan ni concierto, se atrevió á preguntarle un centurion qué era lo que con aquellos movimientos se proponía: «*Quemaria yo mi camisa*, respondió el cónsul, *si supiese que en mis secretos tenía parte.*»

díase como un funesto meteoro, se desgajaba al modo de una exhalación, y tenía á los romanos en perpetua alarma y rebato, hasta que la falta de mantenimiento le obligaba á retirarse á su país natal, donde se reparaba y daba nuevo ánimo á los suyos. De una de estas ausencias se aprovechó el cónsul Serviliano para apoderarse de la Beturia y del país de los cimesios ó eunéos, donde hizo cuarteles de invierno.

Conócese que los españoles, aunque al principio no habían sido sordos á la voz de la unión, levantada por Viriato, no se habían agrupado en derredor de aquel heroico jefe, como les hubiera convenido. Porque ni vemos unidad ni acuerdo entre los españoles en las operaciones de esta guerra, ni, á pesar de las pocas derrotas y de los muchos triunfos que Viriato alcanzara, observamos que engrosaran sus bandas lo que había sido de esperar, ni hacia mas que pelear brava, pero aisladamente como en el principio de la campaña. El espíritu de la localidad predominaba todavía en aquellos españoles, para quienes parecía ser la más difícil de las obras la unión.

Más ni por eso Viriato reposaba, ni era posible á los romanos reposar con él. Apenas pasado el invierno, reapareció el infatigable lusitano, y tomó cuatro ciudades, Gemela, Escadia, Obólcola y Baccia (que acaso son Martos, Escua, Poreuna y Baeza). Manteníase por él Erisana (3). Sitióla el cónsul Serviliano (141). Pero el astuto Viriato halló medio de introducirse en ella de noche y á las calladas, sin ser visto ni sentido. A la mañana siguiente hace una salida tan impetuosa como

(3) No hemos podido averiguar la situación de esta ciudad antigua, como acontece con otras muchas. Debemos advertir aquí que muchas de las poblaciones de aquel tiempo que se mencionan en las historias latinas, no podían ser ciudades en el sentido y significación que hoy tiene esta palabra. Reducíanse por lo común muchas de ellas á una aglomeración de casas y chozas en que se albergaban aquellos moradores rústicos y sencillos que hemos descrito en nuestro libro primero.

inesperada, se arroja sobre los sitiadores, los pone en precipitada fuga, los sigue, los acosa, logra encerrarlos en la estrecha garganta de una montaña, en un desfiladero sin salida. Fácil le era á Viriato acabar con todo el ejército consular; pero el magnánimo guerrero español quiso más pedir la paz al pueblo romano cuando era vencedor, que aceptarla cuando fuese vencido (1). Entonces convidó con la paz á Serviliano. Admirable contraste el de la generosidad del guerrero español con la manzana aveve del romano que le movió á emprender la guerra!

No era ocasión para que dejara de admitir el cónsul una paz que ciertamente en su apurada situación no esperaría. Concertóse, pues, que los romanos conservarían lo adquirido, obligándose solemnemente á no pasar adelante, y que habría paz y amistad entre el pueblo romano y Viriato. Confirmado el convenio por el Senado y el pueblo de Roma, esta paz debía ser sagrada para la república. Pero faltábale al nombre romano una mancha que acabara de hacerle abominable en España, y llegó este caso ignominioso para el pueblo-rey.

Confío el Senado el gobierno de la España Ulterior á Quinto Servilio Cepion, hermano de Fabio. No podía haberse elegido un hombre ni más inepto como guerrero, ni más malvado como hombre. Este hombre ambicioso, pérfido y avaro, sin mirar que la letra del tratado estaba reciente todavía, que había sido pactado por su hermano mismo, y que había sido debido á la magnanimidad del vencedor, persuadió al Senado la necesidad de romper de nuevo la guerra contra Viriato, so pretexto de que era indigna de la majestad del pueblo romano aquella paz. Decía verdad en esto, pero era una paz solemnemente aprobada; bien que el Senado mismo se alegró acaso de encontrar un hombre tan desleal como Cepion; y accediendo á su propuesta, dió otro testimonio más de que la fe romana no rendía parias á la fe púnica, y de que Roma no marchaba por más noble senda que Cartago.

Descansaba Viriato confiado y tranquilo en una ciudad de lo interior de la Lusitania, cuando supo con sorpresa que Cepion, faltando á todos los derechos divinos y humanos, había renovado la guerra y se encaminaba á buscarle. Salió Viriato á recibirle con la escasa gente que pudo reunir. No fué grande hazaña en el cónsul el obligarle á hacer una retirada; pero proporcionándose luego algunos socorros entre los celtíberos sus amigos, todavía acreditó á Cepion en un encuentro que era el mismo Viriato, y con una de sus estratagemas le dejó tan burlado como en el principio de su campaña había dejado á Vetilio y á Plancio.

Entonces resolvió el cobarde cónsul deshacerse por medio de una traición del mismo á quien no podía vencer con las armas. Vinole bien que Viriato, acaso con el fin de libertar á su patria de los horrores y devastaciones que por todas partes Cepion cometía, le enviara tres embajadores recordándole el tratado concluido con su hermano. El perverso cónsul sobornó con dádivas y promesas á los tres legados, los cuales tuvieron la flaqueza, indigna también de pechos españoles, de comprometerse á dar muerte á su propio general. Volvieron los enviados al campo lusitano, y entrando en la tienda de Viriato y hora muy avanzada de la noche, en su mismo lecho donde le encontraron dormido le cosieron á puñaladas (140).

Así pereció el gran Viriato, uno de los capitanes más ilustres que España ha producido: así pereció para baldon perpetuo de Roma el que por tantos años hizo frente á su poder y humilló tantas veces sus legiones. Los historiadores romanos no pudieron dejar de reconocer su mérito y sus virtudes. «Viriato, dice Appiano, en medio de los bárbaros se distinguió por las virtudes de un general: no hubo una sola sedición entre sus tropas; nadie fué más equitativo que él en la distribución del botín.» «Viriato, dice Floro, de cazador se hizo bandido, y de bandido general, y si la fortuna le hubiera ayudado, hubiera sido el Rómulo de España.» Sus mismos enemigos le hicieron justicia. Todos convienen en que era humano, afable, benéfico, generoso, fiel observador

(1) *Pacem á populo romano maluit integer petere quam victus*: dice Aurelio Víctor.

de los tratos: sencillo en el vestir, frugal en el comer, despreciador de las comodidades, del lujo y del regalo, su vida, su porte, su traje, eran los de un simple soldado de aquel tiempo: ni las adversidades le quebrantaban, ni las prosperidades le envaneían, ni el alto puesto á que se elevó le ensobreció nunca: los despojos de la guerra repartíalos entre sus compañeros de armas, sin reservar nada para sí, porque al revés de los cónsules y pretores, á quienes combatía, jamás pensó en enriquecerse. Cuéntase que el día que se celebraron sus bodas con la hija de un principal español, mientras los convidados se entregaban á los placeres del festín, él ni soltó la lanza ni tomó más sustento que el ordinario, que se reducía á carne y pan; y que terminada la fiesta de familia, tomó á su esposa, la subió en su mismo caballo, y la condujo á los montes donde ya sus secuaces le aguardaban.

En otro país, que no fuera la España, apenas se comprendería que un hombre, desde el humilde oficio de pastor de ganados, y después soldado de montaña, llegara á hacerse, sin otra escuela ni instrucción que su genio y el ejercicio práctico de las armas, un general temible á las mas poderosas de las repúblicas, hasta el punto de hacerla pactar como de poder á poder. La historia nos enseñará cuán fecundo ha sido siempre nuestro suelo en hombres que, dejando la esteva ó el cayado para empuñar la espada, han sabido hacerse con su valor y sus hazañas un renombre ilustre (2).

Cuando los asesinos de Viriato se atrevieron á reclamar el premio de su infame acción, respondiéndoles que Roma no acostumbraba á premiar á los soldados que asesinaban á su jefe. A Cepion le fué negado el triunfo: el Senado adquirió el fácil mérito de desaprobado su conducta.

Sucedió á Viriato un hombre llamado Tántalo. Pero un héroe no es fácil de reemplazar. El nuevo caudillo capituló luego con los romanos: los lusitanos depusieron las armas, y el mismo Cepion les dió tierras que pudiesen cultivar tranquilamente: con lo que se dió por terminada aquella famosa guerra.

CAPITULO III

Numancia

DESDE 140 ANTES DE J. C. HASTA 122

Lo que preparó la guerra de Numancia.—Fuerzas de los numantinos.—Ejército del cónsul Pompeyo.—Primeras operaciones de sitio.—Se ve obligado á pedir la paz.—Infame rompimiento de esta, y testimonio de la fe romana.—El cónsul Popilio.—Es derrotado.—El cónsul Mancino.—Completa derrota que sufre.—Tratado de paz glorioso para Numancia y vergonzoso para Roma.—Rómpele el Senado.—Castigo bochornoso que sufre Mancino.—Generosa conducta de los de Numancia.—Apuros en que se ve el cónsul Lépidio.—Terror que Numancia inspira á Roma.—Viene contra ella Escipion Africano.—Moraliza el ejército.—Esquiva entrar en batalla con los numantinos.—Sitia á Numancia con 60,000 hombres.—Línea de circunvalación.—Fortificaciones.—Arrojo de algunos numantinos.—Salen á pedir socorro y no le encuentran.—Angustiosa situación de Numancia.—Mensaje á Escipion.—Su respuesta.—Hambre y desesperación de los numantinos.—Ejemplo sin igual de heroísmo.—Numancia destruida.

Desembarazados los romanos de la molesta guerra de Viriato, volvieron de nuevo sus miras sobre Numancia. Esta célebre ciudad celtíbera, después de las guerras de Fulvio que dejamos referidas, había asentado paz con el cónsul Marcelo (152), por la cual respetaba Roma la independencia de Numancia, permitiendo también volver á sus casas á los segedanos á quienes había dado hospitalidad. Cuando el cónsul Metelo, durante las guerras con Viriato, sujetó los pueblos de la Celtiberia, Numancia fué también respetada como ciudad independiente y neutral, y los numantinos habíanse limitado á dar asilo á los celtíberos del partido de Viriato, como antes le habían dado á los de Segeda. Concluida

(2) El historiador inglés Dunham compara á Viriato al famoso irlandés Wallace: pero ni este guerrero célebre del siglo XIII era de humilde prosapia como Viriato, ni le igualó en hazañas ni en virtudes. En España nos sería fácil encontrar copias más exactas de este personaje.

la guerra lusitana, hízoles Quinto Pompeyo Rufo un cargo de esta conducta, exigiéndoles lo que llamaríamos hoy la extradición de los refugiados. Contestó Numancia que las leyes de la humanidad no le permitían entregar á los que en ella habían buscado un asilo, y que esperaba guardaria la fe de los tratados. Volvió Pompeyo aquella jactanciosa y acostumbrada respuesta: «Roma no trata con sus enemigos sino despues de desarmados.» Esta contestacion fué la señal de guerra. El pretexto por parte de los romanos fué este: el verdadero motivo era que los abochornaba la independencia que Numancia se había sabido conquistar.

Reunieron los numantinos sus fuerzas, que en todo subirían á 8,000 hombres, y nombraron general de este pequeño ejército á un ciudadano llamado Megara. Pompeyo acampó cerca de la ciudad con mas de 30,000 hombres, y se posesionó de las alturas vecinas (140).

Asentábase Numancia, ciudad de los pelendones, á poco mas de una legua de la moderna Soria, y en el término que comprende al presente el pequeño pueblo de Garray, en un repecho de subida no muy ágría, pero de dificultosa entrada en razon á los montes que la rodean por tres partes; solo por un lado tenia una llanura que se extiende por las márgenes del Tera, que va á mezclar sus aguas con las del Duero. Dentro de sus débiles tapias habia una especie de ciudadela donde en tiempo de guerra solia reogerse la gente armada, y donde solian guardar los ciudadanos sus alhajas y preseas.

Intentaba Pompeyo atraer á los numantinos á batalla campal; hizo mil tentativas para lograrlo; pero dirigidos aquellos por el prudente y esforzado Megara, adoptaron un sistema de defensa el mas propio para mortificar al general de la república. De tiempo en tiempo hacian salidas y empeñaban combates parciales, de que siempre sacaban alguna ventaja; y cuando veían al ejército romano desplegar banderas y ponerse en movimiento, replegábanse dentro de las trincheras de la ciudad, á las cuales nunca se acercaban impunemente los romanos.

Fatigado Pompeyo de aquel sistema de guerra, suspendió el sitio y fué á ponerse sobre Térnes (1), distante de Numancia nueve leguas. Tampoco Térnes estuvo de parecer de dejarse subyugar; antes bien, haciendo los termesinos una salida impetuosa, obligaron á Pompeyo á retirarse por ásperos y tortuosos senderos erizados de precipicios, por donde muchos soldados se despeñaron, teniendo el ejército que pasar la noche acampado y sobre las armas. Al dia siguiente volvió sobre la ciudad, pero no recogió del nuevo ataque mas fruto que del anterior (2). Dirigióse á Manlia, que se le entregó matando los mismos manlieses la guarnicion numantina; corrióse á la Edetania, donde deshizo algunas partidas de sublevados, y revolvió con todo su ejército sobre Numancia.

Quedaba Numancia sola: ¡sola para resistir á todo el poder romano! Habíala aislado Pompeyo incomunicándola con las pocas ciudades que pudieran ayudarla. Queriendo ahora apretar el sitio y reducir á los numantinos por hambre, discurrió hacer variar el curso del Duero, torciendo su cauce para que no entraran por él bastimentos á los sitiados. Pero estos con sus espadas supieron hacer desistir brevemente de su obra á los que se ocupaban en tales trabajos. Llegóse en esto el invierno, y los soldados romanos, no acostumbrados á la cruda temperatura de aquel clima, sucumbían al rigor de las heladas y de las nieves. Noticioso por otra parte Pompeyo de haber sido nombrado el cónsul M. Popilio Lenas ó Lenate para sucederle (139), antes de entregarle el gobierno resolvió hacer paces con los numantinos, acaso temeroso de que su sucesor alcanzara en esta guerra glorias á que él habia aspirado en vano. Tropezamos aquí con otro testimonio de lo que era entonces *la fe romana*. Cuando llegó el cónsul Popilio, negó Pompeyo haber hecho aquellas paces, por lo menos con las condiciones que de público aparecian. Verdad era que el insidioso cónsul habia tenido la cautela de no firmarlas so-

(1) La Termancia de Appiano.

(2) Muchos afirman haberla tomado en esta segunda acometida, pero no consta así en la relacion de Appiano.

pretexto de hallarse entonces enfermo; y por mas que los numantinos apelaban al testimonio de los principales jefes y caballeros del ejército romano, enturbióse de tal manera el negocio que hubo de remitirse su decision al senado, el cual optó por la continuacion de la guerra: que la flaqueza de los senadores igualaba la indignidad y bajeza de los cónsules.

Fué primeramente Popilio contra los lusones, á quienes no pudo vencer. Volvió al año siguiente sobre Numancia (138), y hubiérale valido mas haber admitido la paz que halló establecida por Pompeyo. En cumplimiento de las órdenes con que le estrechaban de Roma, intentó un asalto en la ciudad. Ya estaban puestas las escalas sobre el débil muro: ni una voz, ni un ruido se sentia en la poblacion: profundo silencio reinaba en ella: parecia una ciudad deshabitada. Hízosele sospechoso á Popilio tanto silencio, y se retiró temiendo alguna estratagema. Temia con razon, porque saliendo repentinamente los numantinos á ayudarle en la retirada, arrollaron á los legionarios, y los pusieron en desórden y en verdadera derrota (3).

Sucesos dramáticos va á ofrecer la historia de Numancia en los años siguientes. Decio Bruto habia sido enviado á la España Ulterior, donde los lusitanos habian comenzado á altermarse de nuevo. Vino á la Citerior el cónsul Cayo Hostilio Mancino (137), hombre de imaginacion tétrica, que turbada con funestos y fatídicos sueños, de todo auguraba desgracias y calamidades. Al tiempo de embarcarse para España creyó haber oído en el aire una voz que le decia: *Detente, Mancino, detente*. Las noticias que acerca de la fuerza de los numantinos traian de Roma sus soldados no eran menos siniestras. Y con esto y con experimentar mas de una vez la realidad de su bravura, no se atrevian ya á mirar á un numantino cara á cara. Encerrados permanecian en su campamento, hasta que á la voz de que los vacceos y cántabros venían en ayuda de los de Numancia dióse prisa el cónsul á levantar los reales, y á favor de las sombras de la noche se apartó de una ciudad donde creia no esperarle sino desventuras. Una casualidad descubrió su fuga.

Dos jóvenes numantinos amaban ardientemente á una misma doncella. No queriendo el padre desairar á ninguno de los dos mancebos, propúsoles que se internasen los dos en el campo romano, y aquel que primero tuviera valor para cortar la mano derecha á un enemigo y traérsela, obtendría la de su hija y se la daría en matrimonio. Salieron los dos enamorados jóvenes, y como hallasen con sorpresa suya el campamento romano desierto y solo, regresaron apesadumbrados como amantes, y gozosos como guerreros, á dar noticia de aquella impensada novedad. Tomaron entonces las armas con nuevo aliento los numantinos, y salieron en número de cuatro mil en busca de aquellos cobardes fugitivos.

Avanzaron hasta encontrarlos, y empujándolos de posicion en posicion redujéronlos á una estrechura, donde no les quedaba otra alternativa que entregarse ó morir. Mancino pidió la paz. No faltaba generosidad á los de Numancia para otorgarla, á pesar de no haber recibido de Roma sino deslealtades y agravios. Así ahora, imitando el ejemplo de Intercacia cuando no quiso fiarse del cónsul Lúculo ni entenderse para las capitulaciones sino con su lugarteniente Escipion (4), tampoco quisieron los numantinos ajustar tratos sin la intervencion del cuestor Tiberio Graco, acordándose de la exactitud con que su padre habia hecho ratificar otra paz en el senado. Vino en ello el cuestor, y concertóse que Numancia seria para siempre ciudad independiente y libre, y que el ejército romano entregaria á los numantinos todo el bagaje, máquinas de guerra, alhajas de oro y plata y demás objetos preciosos que poseia: único medio de salvar las vidas á mas de veinte mil hombres que el hambre tenia reducidos al postrer apuro.

Pareció muy bien esta paz al consternado y desfallecido ejército; no así al senado, que comprendió todo el baldon que tan afrentoso tratado echaba sobre la república: y como los

(3) Frontin. Estratag. III.

(4) Cap. I. de este libro.

padres conscritos estaban léjos del peligro y no los alcanzaba la miseria, importábase poco que pereciesen veinte mil guerreros romanos con tal de que no se dijese que el pueblo mas poderoso del mundo se humillaba á recibir la ley de un puñado de montañeses españoles. Rompióse, pues, solemnemente el pacto como injurioso é indigno, sin que valieran al cuestor Graco sus esfuerzos por que se cumpliese lo tratado y por demostrar la necesidad crítica en que se habia hecho. Ciertamente la odiosidad del pueblo romano cayó toda sobre el desgraciado Mancino, á quien se condenó á ser entregado á los de Numancia desnudo y atado de piés y manos. Inútiles fueron tambien los buenos oficios de Graco para salvar al cónsul de tan vergonzoso castigo. El desventurado Mancino sufrió la afrenta de ser colocado en aquella actitud á las puertas de Numancia, donde permaneció todo un dia desahuciado de sus conciudadanos y no admitido por los enemigos. Porque los generosos numantinos, no creyendo aquella suficiente satisfaccion del rompimiento del tratado, ni queriendo vengarse en un inocente desarmado y desnudo, ultrajado por la altivez de su ingrata patria, rehusaron admitirle. Lo que ellos pedian era, ó que lo pactado se cumpliese, ó que se repusieran las cosas en el ser y estado que tenian cuando se hizo el ajuste, entregándoles los veinte mil hombres que tuvieron la generosidad de perdonar. La peticion era á todas luces justa, pero se la hacian á Roma (1).

Llevaba ya Numancia vencidos tres cónsules en tres años y celebrados dos tratados de paz cuando vino Emilio Lépidio en reemplazo de Mancino (137). Bajo el pretexto de que habian abastecido á los numantinos durante la guerra acometió este cónsul á los vacceos y puso sitio á Palencia. Ya los palentinos le habian forzado á levantarle, pero no contentos con esto hicieron sin ser sentidos una irrupcion en su campo, y le mataron hasta seis mil hombres. Dos legados de Roma vinieron á intimarle que dejara á los vacceos y atendiera á Numancia. Pero Numancia vió pasar un consulado mas, y Roma vió regresar de España otro cónsul sin haber ganado mas mérito que la derrota de Palencia y las estafas de que fué públicamente acusado.

Reemplazóle Lucio Furio Philon (136), que no hizo otra cosa que ejecutar el castigo de Mancino, indisponer con él á sus propios soldados, contemplar á Numancia, y poder decir en Roma que habia visto una ciudad y no se habia atrevido á acometerla.

Calpurnio Pison, que vino despues (135), tuvo á bien retirarse á invernar en la Carpetania, y fué testigo de cómo habia ido relajándose la disciplina del ejército romano, si es que él mismo no contribuyó á acabar de corromperla con su codicia.

Roma, la soberbia Roma, llamaba ya á Numancia *el terror de la república*: los ciudadanos no osaban pronunciar su nombre. Abochornábale que una pequeña ciudad de la Celtiberia estuviera tantos años desafiando á la capital del mundo. Con indignacion, mas que con dolor, veia cómo iban quedando enterradas aquí sus legiones, cómo se estrellaban aquí sus cónsules y sus generales. Ya no encontró otro que creyera fuera capaz de domar esta ciudad heroica que el que habia destruido á Cartago. Por dos veces se confirió á Escipion Emiliano el consulado sin pretenderlo, una para que fuese á destruir á Cartago, otra para que viniera á destruir á Numancia, las dos ciudades, como observó Ciceron, mas enemigas de Roma. Pero la una habia sido una poblacion de setecientos mil habitantes, la otra apenas contaria ya en su recinto cuatro ó seis mil defensores. Hemos visto cuán poco tiempo le bastó para borrar del mapa de los pueblos la primera; veremos si le fué tan fácil arruinar la segunda.

Trajo el Africano consigo cuatro mil voluntarios (134), de entre los cuales formó un cuerpo de quinientos hombres pertenecientes á familias distinguidas, especie de guardia de honor, que se nombró *la cohorte de los amigos*. Halló Escipion el ejército de España viejado en extremo y corrompido. Dedicóse el ilustre general á reformar la disciplina y á

(1) App. de Bell. Hisp. p. 511. Tit. Liv. Epitom. Patterc. lib. II. Saint-Real, Hist. de este tratado.

moralizarle. Desde luego arrojó del campo los chalanes, los vivanderos y las mujerzuelas, de estas hasta dos mil. Suprimió las cómodas camas en que se habian acostumbrado á dormir y á comer, y las reemplazó con unos sacos, en que dormia él mismo para dar ejemplo. Hacia que cada soldado cargase con la provision de trigo para quince ó veinte dias, y con siete gruesas estacas para levantar empalizadas y trincheras, y con este cargamento y su equipaje obligábalos á hacer marchas y contramarchas; ejercitábalos en cavar fosos y repletarlos, en levantar muros y destruirlos, endureciéndolos así en todo género de trabajo y de fatiga. *Que se manchen de lodo*, decia, *ya que tanto temen mancharse de sangre* (2). Hallábase él presente á todos estos ejercicios, y no permitia la menor indulgencia ni guardaba la menor consideracion. Y para ir fogueando sus tropas, quiso ensayarlas en mas fáciles empresas (que todo lo creia necesario antes de comenzar la conquista de la indómita ciudad) haciendo algunas correrías por el país de los vacceos. Viéronse allí el mismo cónsul y el tribuno Rutilio Rufo (el que despues escribió la historia de esta guerra) en mas de un conflicto y en mas de un riesgo de caer en las celadas que les armaban los palentinos y de ser cogidos por su intrépida caballería. En una de estas excursiones vió Escipion por sus mismos ojos las ruinas de Caucia destruida por la traicion alevé de Lúculo, y movido á lástima ofreció á voz de pregon todo género de franquicias á los que quisiesen reedificarla y habitarla.

Pasada así la mayor parte del invierno, volvió á los alrededores de Numancia. Observando los numantinos que los romanos se corrian á forrajear hácia una pequeña aldea ceñida de peñascos, emboscáronse algunos detrás de aquellos naturales atrincheramientos. Hubieran perecido los forrajeadores que por aquellas partes andaban, si el hábil y previsor general no hubiera destacado allí hasta tres mil caballos, con lo que los numantinos tuvieron á cordura replegarse á la ciudad. Gran contento y maravilla causó á los soldados romanos esta retirada: como un prodigio se pregonó la nueva de haber visto una vez las espaldas de los numantinos (3).

Llegada, en fin, la primavera (133), formalizó Escipion el sitio de Numancia con un ejército de sesenta mil combatientes, disciplinados ya á su gusto. Y todavia el poderoso romano esquivaba la batalla con que en su desesperado arrojó le provocaban muchas veces los numantinos! Nada bastaba á hacer variar de propósito al prudente capitan, que decidido á rendir á los sitiados por hambre hizo circunvalar á la ciudad, comprendiendo en la línea la colina en que estaba situada. Fosos, vallados, palizadas, fortalezas y torres, no quedó obra de defensa que no se construyera; y para que por el río no les entraran provisiones á los cercados, atravesóse por todo su ancho una cadena de gruesas vigas erizadas de puntas de hierro; en tal forma, que no solo las barcas, pero ni los nadadores y buzos podian pasar sin evitar el riesgo de clavarse en las aferradas puntas de las estacas. Saeteros y honderos guarnecian las torres, á mas de las ballestas, catapultas y otras máquinas é ingenios. Velaban los vigías de dia y de noche, y al menor movimiento se avisaba el peligro por medio de señales convenidas, y al punto se acudia al lugar amenazado.

Mucho, aunque en vano, trabajaron los numantinos por impedir estas obras, que de cierto no hubieran sido mayores las que hubiera podido emplear Aníbal para conquistar á la misma Roma. Penetráronse ya de que no les quedaba mas alternativa que la de perecer de hambre ó morir matando, porque rendirse no era cosa que cupiera en el ánimo de aquellos hombres independientes y fieros. Hubo entre ellos uno de tan grande osadía y arrojó (Retógenes Caramio nos dice Appiano que se llamaba), que con cuatro de sus conciudadanos se atrevió á escalar las fortificaciones romanas, y degollando cuantos enemigos quisieron estos barles el paso, franquearon la línea de circunvalacion estos cinco valientes, y dirigiéronse á pedir auxilio á sus vecinos los arevacos. Hízoles

(2) Flor. lib. II, Aurel. Vict. cap. 58.

(3) App. pág. 524.